



## Cataluña

# TARRADELLAS A MADRID: EL MISTERIO DE UN VIAJE

MANUEL CAMPO VIDAL

**A**l misterio en torno del viaje a Madrid del presidente de la Generalitat, Josep Tarradellas sólo hay que añadirle el silencio informativo mantenido para comprender la intriga por el contenido de las entrevistas con Martín Villa y Suárez que se siente en medios políticos catalanes ¿A qué fue realmente Tarradellas a Madrid?

Una composición de lugar posterior a un sondeo entre varios dirigentes —diputados, senadores y dos consellers de la Generalitat— indica que Tarradellas fue a Madrid a evitar una pérdida de protagonismo político en la nueva situación creada por las elecciones, esa pérdida de protagonismo podría producirse si el presidente Suárez opta por hacer pasar sus relaciones con Cataluña a través del partido pujolista —Convergencia Democrática— a cambio de apoyo legislativo en el

Congreso de los Diputados. Tarradellas, según esa misma conclusión, habría intentado convencer al inquilino de la Moncloa de que una opción de ese tipo comportaría para su partido en Cataluña la pérdida de todo el avance registrado en las elecciones.

Por otra parte, cualquier contraprestación política entre UCD y Jordi Pujol reclamaría del líder nacionalista catalán la exigencia de la única moneda a cambio que la opinión pública le admitiría por haber prestado su apoyo a Suárez: la aceleración del Estatuto de autonomía con elecciones inmediatas para el Parlamento catalán, y por tanto la renovación en la presidencia de la Generalitat. Cualquier acuerdo UCD-CDC en esos términos tiene, por tanto, una consecuencia directa para Tarradellas, al limitar, de forma presumiblemente definitiva, su vida polí-

tica. Es esa una de las contradicciones más destacadas del actual proceso político catalán, al corresponderse de forma directa tanta reducción de la vida política de Tarradellas con tanta como sea la premura con que el mismo dirige la normalización autonómica.

Si los diputados y senadores que elaboraron el Estatuto hubiesen hecho caso al aliancista Laureano López Rodó, que pretendía la reserva de una plaza como diputado del Parlamento catalán para Tarradellas, sin necesidad de concurrir a las urnas, tal vez este viaje a Madrid del presidente se hubiese evitado y las veladas acusaciones que surgen sobre una supuesta voluntad presidencial de que las cosas no vayan demasiado de prisa tendrían menos espacio para la especulación. Los parlamentarios optaron, sin embargo, por rebasar esa pro-

puesta, realmente poco democrática.

Pero Tarradellas, siempre según el sondeo realizado entre políticos catalanes, ha ido realmente a Madrid a negociar también el tema de las Diputaciones, tema al que un sector de la prensa ha considerado tan sólo como la necesaria cortina de humo para encubrir otros objetivos. Existe en realidad una doble interpretación posible sobre la necesidad de incorporar o no al Gobierno de la Generalitat a los tres presidentes de las Diputaciones Provinciales democratizadas (el cuarto, correspondiente a Barcelona, es el propio Tarradellas). Socialistas y comunistas mantienen que esos presidentes no deben formar parte del Consejo Ejecutivo, frente a la opinión del centrismo y la derecha catalana. Pero, curiosamente, en este caso Tarradellas no desea esa incorpo-

ración porque la existencia de ese poder democratizador permite al presidente un contacto directo con las comarcas, al margen del Consejo Ejecutivo, y siempre según su particular concepción del poder. De nuevo la voluntad de no perder ni un ápice de protagonismo político aparecería entre los bastidores de una nueva gestión.

Entre tanto, el resultado de las elecciones legislativas, la perspectiva de las municipales y la necesidad del presidente Suárez de obtener un pacto legislativo con alguna minoría para superar el voto de investidura permiten una posibilidad a Jordi Pujol de estirar el valor de sus siete diputados —con las vueltas del recuento y las reclamaciones de otros partidos: Convergencia ha perdido un diputado en Tarragona y otro en Gerona— y aparentemente refuerza sus posibilidades de alcanzar la presidencia de la Generalitat, que se situarían no obstante en un escalón relativamente bajo.

La hipótesis que permite esa afirmación se construye del siguiente modo: si Suárez necesita de Pujol apoyo legislativo podría ofrecerle a cambio ese papel de interlocutor catalán con la Moncloa que Tarradellas habría tratado de evitar en los últimos días; pero Suárez puede necesitar también de Pujol apoyo para evitar un alcalde socialista reclamando los votos de los concejales nacionalistas para Carles Güell de Sentmenat. Ciertamente es que la operación podría plantearse al revés, solicitando Pujol los votos de los concejales ucedistas para su candidato; pero esa posibilidad sólo tendría sentido si Ramón Trías Fargas, Miquel Roca Junyent o el propio Pujol encabezaran la lista de CDC para el Ayuntamiento de Barcelona, apareciendo como prácticamente descartable con Xavier Millet como candidato a la alcaldía.

Siguiendo el hilo conductor de la hipótesis, si Pujol terminaría apoyando al centrista Güell para la alcaldía, previo

coqueteo con los socialistas que algunos sectores desearían formalizar para así marginar definitivamente a los comunistas rompiendo su cuadro estratégico de alianzas (Benet, presidente; Reventós, primer consejero, y Roca, alcalde de Barcelona). A cambio de darle el alcalde a UCD, siempre que los resultados electorales se lo permitan, Pujol reclamaría algo muy concreto que significa ni más ni menos la ilusión de toda su vida: que UCD le garantice apoyo en el futuro

Parlamento de Cataluña para de ese modo poder obtener la presidencia de la Generalitat.

Más allá de los graves problemas en el interior de su partido, el problema para Jordi Pujol en esa hipótesis que no le parece descabellada a varios políticos catalanes, a cuya consideración ha sido sometida, reside en que cada uno de los pactos que concluya con Suárez —desde el legislativo, para permitir su gobierno, al definitivo, para la alcaldía de Güell de Sentme-

nat— significará un duro golpe para su carisma, y presumiblemente para sus votos. Porque si Pujol pierde sus signos de identidad nacionalistas en los que se ha apoyado casi de forma exclusiva para la formulación de su campaña, la opinión pública catalana no encontrará entonces diferencias suficientes y convincentes para dejar de votar a los catalanes de Suárez por un catalanista como Pujol, que terminaría entendiéndose a todas horas con el mismo Suárez. ■

A pesar de las críticas de Carrillo

## EL PSUC MANTENDRÁ SUS POSICIONES

**E**N el verano de 1974, el de la flebitis de Franco, los militantes del PSUC repartieron por espacio de algunos días llamamientos de la recién constituida Junta Democrática de España. Se le dio después a aquella masiva difusión de propaganda un valor exclusivamente informativo, pero todo parece indicar que en un primer momento la intención no fue sólo informar, sino integrar los organismos catalanes antifranquistas en la plataforma que nacía en París y Madrid en aquellos momentos. Si realmente las

cosas discurrieron así nos encontraríamos ante el primer intento digamos "contemporáneo" de subordinar la política catalana a la política posible en el resto de España, cuando las condiciones empezaban a permitirlo. Hasta aquel momento la política de alianzas en buena parte era sólo catalana —por ejemplo, la concreción del llamado Pacto para la Libertad— porque las condiciones así lo hacían posible.

Más tarde, ya en la predemocracia e incluso después del 15 de junio, ha habido una fuerte presión por intro-

ducir las relaciones políticas que constituyen el clima habitual de la política española —como el continuo y duro enfrentamiento entre socialistas y comunistas—, la dependencia de Madrid de los partidos catalanes, tendencia al bipartidismo, etc. En la realidad política catalana, en la que es posible encontrar todavía hoy un "Gobierno de Unidad Nacional" en la Generalitat, que no supone ni más ni menos que un gobierno de concentración como Santiago Carrillo lo pide para Madrid. De nuevo estamos ante un caso en que un análisis teóricamente válido para toda España encuentra su concreción en Cataluña.

Las declaraciones ahora de Santiago Carrillo, que la base de los comunistas catalanes del PSUC han encontrado no exentas de razón en algún extremo, pero esencialmente inoportunas —casi tanto como para plantear el abandono del término "leninismo" en el IX Congreso del PCE que provocó un clima muy peligroso en la I Conferencia Nacional del PSUC en marzo de 1978— tienen todas las características de una



Las declaraciones críticas de Carrillo han sido consideradas por los comunistas catalanes, si no del todo exentas de razón, sí esencialmente inoportunas. En la foto, Antoni Gutiérrez Díaz y López Raimundo.